DISCURSO

PRONUNCIADO

POR JOAQUÍN BARANDA

SECRETARIO DE JUSTICIA É INSTRUCCIÓN PÚBLICA

AL INAUGURARSE

LA ESCUELA NORMAL PARA PROFESORES DE ENSEÑANZA PRIMARIA

EN LA CIUDAD DE MÉXICO

EL 24 DE FEBRERO DE 1887



MÉXICO

IMPRENTA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON
Calle de Lerdo número 3.

1887

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR JOAQUÍN BARANDA

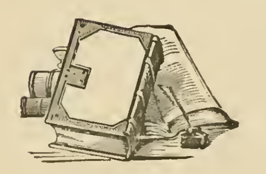
SECRETARIO DE JUSTICIA E INSTRUCCIÓN PÚBLICA

AL INAUGURARSE

LA ESCUELA NORMAL PARA PROFESORES DE ENSEÑANZA PRIMARIA

EN LA CIUDAD DE MÉXICO

EL 24 DE FEBRERO DE 1887



MÉXICO

IMPRENTA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON
Calle de Lerdo número 3

1887

CORRIGENDA

Página 11, lín. 28, dice: ese que ahogó en sangre. Léase: que ahogó en sangre.

» 18, » 24, » nuificar. Léase: unificar.

» 29, » 19, » Blankerburgo. Léase: Blankenburgo.

» 31, » 24, » que la secunden. Léase: que las secunden.

» 32, » 22, » resiste y se vence. Léase: se resiste y se vence.

» 33, » 5, » unidad germana. Léase: unidad germánica.

» 35, » 20, » de un ramo. Léase: en un ramo.

Señor Presidente:

Señores:

I

No es, por cierto, inusitada fiesta la que celebramos hoy con motivo de la apertura de la Escuela Normal para Profesores de Instrucción Primaria, porque los pueblos ilustrados han celebrado siempre fiestas de esta naturaleza, que forman época en los anales de la cultura nacional.

La humanidad, para llegar al grado de civilización en que se encuentra, ha tenido que recorrer un largo y escabroso camino; y al rendir cada jornada de su interminable viaje, se ha sentido satisfecha del desarrollo gradual de sus facultades intelectuales.

Algunos historiadores contemporáneos se admiran, no solo de que los hombres primitivos, para llenar las necesidades naturales de la existencia, hayan sabido cultivar los campos, dominar á los animales, hacer la tela y el pan, y fabricar el vino y el aceite, sino principalmente se admiran de que aquellos hombres no ignoraran los principios

de las ciencias y las artes, como los de la aritmética y la arquitectura, la música y el baile, y consideran que *objeto de maravilla es que apenas aparezca en la historia la estirpe humana, abunde en tantos conocimientos;* pero estas afirmaciones ni excluyen, ni modifican siquiera el laborioso problema del progreso humano, que ha venido resolviéndose en el transcurso de los siglos, y cuya última fórmula está reservada al porvenir.

No es posible negar que la civilización antigua es el punto de partida. A sus restos venerables, superiores al tiempo y al olvido, hay que volver la vista para encontrar el origen de todo lo grande, de todo lo justo, de todo lo bello; pero ¿acaso la India ó el Egipto, Grecia ó Roma, podian señalar límites definitivos y barreras infranqueables á la actividad y á la inteligencia del hombre? Entonces no se hubieran inventado la pólvora, la brújula y la imprenta; no se hubiera descubierto la América; la inmovilidad de la tierra sería artículo de fe; el libre examen no hubiera hecho la luz en la conciencia; la soberanía popular no sustituiría al derecho divino; no se conocerían las sorprendentes aplicaciones del vapor y de la electricidad, ni otras muchas maravillas que han realizado el genio y la ciencia, esa dualidad divina y creadora que, utilizando las fuerzas de la naturaleza, la acerca á su perfeccionamiento para cumplir la ley sociológica del progreso y hacer justicia al gran filósofo que, á semejanza de Galileo, exclama que el mundo se mueve al rededor del sol de la razón y de la verdad, cuyos más brillantes resplandores bañan la civilización moderna.

No pretendo, Señores, seguir la estela luminosa del progreso desde su infancia hasta su estado actual, porque no es la oportunidad de hacerlo, y porque no me siento autorizado ni competente para examinar esa via–láctea gloriosa que se extiende sobre el polvo de cien generaciones; mi propósito es más limitado: estudiar el progreso desde el punto de vista de su generalización; justificar la necesidad de llevar sus principios fundamentales á la escuela primaria, para redimir al niño del despotismo tradicional del silabario, dejándole expedito el desenvolvimiento de sus facultades físicas é intelectuales, á fin de que sin trabas, y libre como la mariposa y como el ave, satisfaga en el jardín de la infancia sus primeras é inagotables exigencias de curiosidad y observación.

Al tratar de crear la escuela surge en el acto la necesidad de formar al maestro. Como al establecer el templo se piensa en el sacerdote; como al fundar la religión se cuenta con el apóstol; como para hacer la propaganda es indispensable el misionero, así, para levantar los institutos de instrucción primaria á la altura de su objeto trascendental, ha sido necesario pensar en el maestro de escuela, que es el sacerdote, el apóstol de la religión del saber, el misionero que derrama en terreno fértil y virgen las semillas del árbol de la ciencia, á cuya única sombra pueden llegar las naciones á ser verdaderamente libres, grandes y felices.

A ese pensamiento responde la Escuela Normal, que se debe al patriotismo, perseverancia y convicción del Jefe del Estado que hoy la inaugura, colocando una vez más sobre sus inmarcesibles laureles militares, el olivo, símbo-

lo de la paz, de la abundancia y del progreso al cual debió Minerva su merecido triunfo sobre Neptuno, en la competencia provocada por el fundador de Atenas.

Aquí, en la Escuela Normal, se formará el maestro; aquí adquirirá los conocimientos y el carácter respetable y bondadoso que exige el ejercicio de sus augustas funciones. El maestro no es el esclavo fiel que en Grecia llevaba á los niños al *pedagogium;* no es el maestro de juegos que en las plazas públicas de Roma enseñaba la danza y el canto, á pesar de las severas censuras de Catón; no es el dómine ignorante y locuaz de quien se ha apoderado la caricatura; no es tampoco el tirano inconsciente de la niñez que profesa el bárbaro principio de que la letra con sangre entra; no, ya sabeis lo que debe ser el maestro de escuela en el siglo XIX. Lo será completamente entre nosotros, cuando, ilustrado y enaltecido, salga de la Escuela Normal con su título, con la convicción de sus deberes y con la voluntad inquebrantable de cumplirlos, para ir á predicar y difundir por todos los ámbitos de la República el evangelio de la enseñanza científica.

II

Los poéticos mitos del paganismo helénico deificaron la sabiduría creando una nueva divinidad que hicieron salir armada del cerebro de Júpiter. Esa ingeniosa fábula no llegó á ser una verdad histórica, porque la diosa arreba-

tada del Olimpo tornóse en breve dócil esclava de las clases sacerdotales. La luz que circundaba su frente como una alborada de redención, se eclipsó entre las brumas sombrías del misterio, y el altar, ante el cual se hubiera prosternado la humanidad, quedó cerrado al culto público.

La ciencia se confundió con la religión, y tomó la forma del arcano para hacer incomprensibles sus principios. El elemento civilizador se hizo elemento de dominación en manos de los conquistadores del mundo, que para asegurar sus victorias confiaban más en la superioridad del saber que en la superioridad de la fuerza.

Cuando empezó á rasgarse el velo impenetrable de las cosmogonías religiosas; cuando el hombre sintió que no había nacido para la esclavitud y que podía levantarse á la altura de sus dominadores; cuando la evolución histórica marcaba el período de la evolución intelectual, Alejandro el Grande escribía alarmado á su egregio maestro: *no me gusta que hayas publicado tus libros sobre las ciencias acromáticas. ¿En qué seríamos nosotros superiores á los demás hombres, si las ciencias que me enseñaste llegasen á ser comunes á todos? Prefiero sobrepujarles en conocimientos más que en poder.* ¡Elocuentes palabras que al hacer la más brillante apoteosis de la ciencia, revelan sin embargo un programa de despotismo sobre la base intencional y calculada de la ignorancia popular! Ese programa se conservó y trasmitió como una consigna de la que dependía la existencia de los poderes absolutos; y aunque posteriormente los romanos aparentaron violarla organizando la instrucción pública, no se obtuvo un resultado plausible, porque los maestros, honra-

dos unas veces y perseguidos otras, se vieron obligados á cerrar sus escuelas, y aun á abandonar por algún tiempo las orillas del Tíber, esperando que llegaran mejores tiempos, como llegaron con Julio César, que los rehabilitó y protegió con la tendencia hipócrita de aumentar aquel prestigio, casi divino, que lo hubiera llevado á la dictadura universal si no le sorprende el puñal parricida de Bruto.

Al marcarse la decadencia del Imperio Romano, que comprende el período más vergonzoso de la historia, se alzaba triunfante como una compensación, aquella doctrina que había brillado en el Oriente, doctrina de amor y de fraternidad, que santificada por el martirio, vino á ser una promesa de perfeccionamiento en este mundo y de felicidad eterna en el cielo. La inspirada palabra de Jesús era la reivindicación de la conciencia humana, la despedida de las sociedades antiguas y la buena nueva de la libertad y de la democracia moderna; pero esa palabra conmovedora y poderosa no pudo detener la irrupción de los bárbaros, que como formidable alud se desbordó sobre la Europa.

Era natural y lógico ese desbordamiento. Las fuerzas de la vida tienen que confundirse para equilibrarse y robustecerse, y obedeciendo á esta exigencia, el bárbaro trajo su sangre vigorosa, su energía viril y sus instintos salvajes, para vivificar á una raza decadente, cansada y envilecida.

La barbarie lo destruyó todo. El Cristianismo se salvó de esa conmoción, porque predicaba la humildad y el trabajo, y su doctrina se fué extendiendo gradualmente, hasta llegar á compartir con los mismos conquistadores el

dominio del mundo. Los principios de las ciencias, de la literatura y de las artes, salieron de los conventos en don de habían encontrado seguro y solitario asilo; pero, preciso es decirlo, no salieron para generalizarse, sino para seguir siendo, como en los tiempos antiguos, el patrimonio exclusivo de las clases privilegiadas. De la pagoda pasó la ciencia á la catedral cristiana; del palacio de los emperadores al castillo inexpugnable de los señores feudàles; y al dejar la forma sibilina, se complicó con el Casuismo Teológico, más incomprensible para los pueblos que los misterios del Egipto y de la Grecia.

Al iniciarse el Cristianismo parecía que había sonado la hora de la libertad en el mundo; parecía que la inteligencia recobraría su vasto terreno de acción y desenvolvimiento; parecía que la democracia de la ciencia vendría á ser una de las consecuencias del dogma de la igualdad...... ¡Esperanzas defraudadas! La interpretación sectaria desnaturalizó la doctrina, y volvió á ser recurso opresivo el elemento redentor.

La ciencia no ha nacido para vestir la púrpura, ostentar el casco y la cota de malla, ó permanecer oculta y reservada bajo el humilde sayal del cenobita. No! Su templo es la naturaleza que le abre su fecundo seno y la viste de luz resplandeciente, de esa luz cuyos cambiantes se admiran en la cima de los volcanes, y baja á las profundidades del planeta á iluminar las investigaciones geológicas.

El derecho á la instrucción no tiene restricciones. La ciencia debe ser popular: ella lleva al taller su poderoso auxilio, engrandece la industria, multiplica la fuerza, per-

fecciona el trabajo, conserva la vida, levanta el espíritu y fortifica el cuerpo. Debe estar al alcance de todos, porque todos la necesitan como una maga bienhechora que completa los placeres del potentado y hace menos difíciles las necesidades del proletario.

Si esclavizada, si perseguida, si amagada con los tormentos de la inquisición, si cruelmente sacrificada en la inmortal hija de Théon, *en esa virgen de cuyo labio perfumado de miel hiblea brotó la última palabra de la Grecia, y sobre cuya frente coronada de verbena brilló el último resplandor de la antigüedad*; si en medio de esa lucha titánica y sangrienta, la ciencia no dejó de progresar, ¿qué habría sucedido si se hubieran derramado con abierta mano sus principios entre todas las clases sociales?

Si en la edad heroica del Cristianismo, cuando Constantino vencía con el signo de la Cruz, y Carlo Magno glorificaba su nombre estableciendo escuelas dentro de su aurífero palacio; si entonces se hubiera reconocido la autonomía de la ciencia, emancipándola de la Teología, á la que la subordinaba la Escolástica, la evolución intelectual esperada desde el tiempo de Alejandro, se hubiera efectuado; la palabra de Jesús se habría cumplido, y consumado la obra del Cristianismo, la redención de la humanidad, por el amor y por el saber.

Quedó nuevamente aplazada esa redención. El movimiento impelía al hombre hacia adelante, y el hombre esperaba confiando en sus destinos. El renacimiento y la reforma combatiendo la escuela teocrática acercaban el triunfo; Voltaire, Montesquieu, Rousseau y los enciclopedis-

tas del siglo XVIII difundían las nuevas ideas, planteaban los problemas sociales y forjaban el rayo que había de caer sobre la cabeza coronada de los opresores. "El filosofismo, dice un historiador que no se distingue por lo avanzado de sus opiniones liberales, tiene el mérito de haber proclamado ideas iniciadoras, respetables, sagradas, que eran no suyas, sino cristianas; ideas que los reyes déspotas y los cortesanos corrompidos conculcaban todos los dias, y que la iglesia no aplicaba sino á la esfera espiritual, sin grande entusiasmo por difundirlas en el mundo; y mientras ésta y aquellos aspiraban tan sólo á conservar su puesto, apartándose del movimiento intelectual, los filósofos tuvieron la osadía y la influencia de los que atacan."

No obstante tal osadía é influencia; no obstante la revolución inglesa que localizó sus conquistas, el hombre continuaba en la misma actitud servil y humillante en que lo encontró Mirabeau cuando le dijo en nombre del derecho lo que Jesús dijo á Lázaro en nombre de la divinidad: "levántate." Y el hombre se levantó, y á su impulso omnipotente surgió el mundo de las ideas, la Revolución francesa, que desde el Sinaí de la Asamblea Nacional hizo escuchar á todos los pueblos las palabras del Evangelio: libertad, igualdad, fraternidad.

La Convención celebró su primera sesión el 21 de Setiembre de 1792: el 2 de Octubre del propio año nombró el primer comité de instrucción pública que propuso las bases de la enseñanza nacional. El comité de salud pública, ese que ahogó en sangre los principios de 89, deshonrando en su delirio la más imponente de las revolu-

ciones, fué, sin embargo, quien dando tregua á su afán de destrucción, pensó en el porvenir, y expidió el 30 de Mayo de 1793 el primer decreto sobre las escuelas primarias. El mismo comité, como sentando para la posteridad un precedente de atenuación á sus lamentables extravíos, nombró la comisión Bouquier, mandó maestros de la lengua francesa á los departamentos donde se hablaban idiomas extranjeros; organizó las escuelas primarias, las centrales y las especiales; creó la Escuela Politécnica, la Escuela de Marte, y dió las primeras ideas de la Escuela Normal. Sirvan estos títulos, entre otros, para justificar esa revolución esperada por tantos siglos; esa revolución que puede llamarse universal, porque hizo vacilar todos los tronos y despertó á todos los pueblos.

La América había iniciado su emancipación, rompiendo la cadena que ligaba los dos mundos.

Las colonias inglesas se confederaron para constituir una nueva nacionalidad; y Washington, el primero en la guerra, en la paz, y no sólo en el corazón de sus conciudadanos sino en el corazón de todos los hombres libres, desplegaba al aire la bandera de la primera República del nuevo continente.

La libertad había triunfado, y no por el medio exclusivo de la fuerza, que no obtiene victorias duraderas, sino asegurando su triunfo sobre la base indestructible del derecho. El despotismo no depuso las armas, y utilizando como materiales de reparación y de orden los desaciertos y crímenes revolucionarios, creó, del genio y de la gloria, la personalidad de Napoleón, que saludó con su espada vic-

toriosa los primeros albores del siglo XIX. En Santa Elena concluyó el cesarismo. Después sólo ha habido tiranos pequeños é impotentes para contener el vuelo de las ideas y cerrar al pueblo las puertas de la escuela.

III

Al ocupar los conquistadores esta parte del mundo descubierto por Colón, no encontraron pueblos salvajes acampando en el desierto y refractarios á todo sentimiento de sociabilidad y organización; por el contrario, se sorprendieron de que en estas regiones apartadas floreciera una civilización que en su origen no era completamente extraña á la que había engendrado la civilización europea; y en lugar de respetarla como digna de estudio, dominados de un fanatismo patriótico y religioso, exterminaron los dioses, derribaron los templos, destruyeron los monumentos, quemaron los manuscritos, se empeñaron, en fin, en borrar hasta las huellas de esa civilización que sobrevive en las misteriosas ruinas derramadas por distintos lugares de nuestro territorio, y cuyas páginas de piedra nada dicen aún á las infatigables inquisiciones de la ciencia.

La instrucción de la juventud preocupaba á los mexicanos, aunque no en el sentido de propagarla en el pueblo, sino sólo entre las clases privilegiadas, lo mismo que se hacía en las naciones primitivas del antiguo continente. La guerra y el sacerdocio eran las únicas carreras á que de-

bian consagrarse los jóvenes, y la instrucción necesariamente tenía que ser guerrera ó sacerdotal.

Los cronistas refieren que en el recinto del gran teocalli—templo mayor—había un palacio llamado *Calmecac*, al cual los señores principales y gente de tono ofrecían sus hijos, quienes por este hecho quedaban sometidos á la jurisdicción del sacerdocio, que podía condenarlos hasta á la muerte. La enseñanza que se daba tenía por objeto principal formar ministros para el culto, y comprendía, además del indispensable ejercicio de las armas, el arte de hablar bien, el conocimiento de los usos y costumbres, nociones de aritmética, cronología y astrología judiciaria, y el aprendizaje de leyendas y cantares sagrados que perpetuaban y trasmitían los hechos más notables de su historia.

No era bastante el *Calmecac* para satisfacer las bélicas aspiraciones de los mexicanos, que consideraban la guerra como necesario y honroso trabajo, y la paz como punible ociosidad, y establecieron el *Telpuchcalli*, especie de colegio militar para educar en el sufrimiento, en la vigilia y en la fuerza, á los alumnos destinados á prestar sus servicios en el ejército. Sin embargo, estaban tan identificados el instinto guerrero y la superstición religiosa, y estos dos sentimientos dominaban de una manera tan absoluta á aquellos pueblos, que puede decirse que la educación obedecía á un mismo sistema.

La conquista no dejó al pasado ni el más inocente refugio. Arrasó también el *Calmecac* y el *Telpuchcalli*. Su obra devastadora fué completa. Pero en pos de los soldados aguerridos de Cortés, que arrancaban cuanto en-

contraban á su paso, venían algunos misioneros que con mano benéfica sembraban en la tierra removida aún las semillas de la civilización cristiana.

Pedro de Gante, el humilde lego de San Francisco, fué el primero en la Nueva España que, elevándose á la altura de su misión evangélica, se consagró á la enseñanza pública: él fundó la escuela de niños que sirvió de base al colegio de San Juan de Letrán, y junto á ella puso su celda para atender y vigilar con cariño paternal á sus numerosos discípulos. No faltaron imitadores á ese varón apostólico cuyo nombre conserva la posteridad como un legado de gloria, y á su iniciativa se fundaron otras escuelas. La necesidad política y religiosa de mejorar la enseñanza se conoció en las regiones del poder, y algunas de las leyes de Indias se apresuraron á recomendar la instrucción como medio esencial de asegurar el porvenir de la colonia.

Sería injusto negar lo que la autoridad civil y principalmente las órdenes religiosas hicieron en el sentido indicado; pero apreciando con criterio imparcial sus laudables y constantes trabajos, resulta que éstos no fueron bastante eficaces para impulsar la enseñanza primaria. La escuela que hubiera abierto sus puertas á todos, se olvidó por las universidades y seminarios, que sólo abrían las suyas á los favorecidos de la fortuna. La Universidad de México, el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, los de San Gregorio, San Bernardo y San Miguel, refundidos después en el de San Ildefonso, el de Santos, el Seminario de México y los otros muchos que por mandato de Felipe II se fundaron en casi todas las provincias, de con-

formidad con lo dispuesto por el concilio de Trento; el Colegio de Minería, y por último, la Academia de las nobles Artes con el título de San Carlos de la Nueva España, justifican la actividad que el Estado y la Iglesia, en indisoluble consorcio, desplegaron durante los tres siglos de la dominación española para fomentar las ciencias y las artes, aunque en los estrechos límites del más severo escolasticismo, y bajo la influencia clerical, á la cual estaban rigorosamente sometidos aquellos establecimientos.

¡Siempre la ciencia en el claustro y en el trono! ¿Porqué no la dejaron fraternizar con el pueblo mexicano y suavizar su prolongado cautiverio?

Un pueblo ignorante es más fácil de dominar que un pueblo ilustrado. Sin duda esta reflexión influyó en el ánimo de los conquistadores para no vulgarizar las nociones científicas, olvidando que es inflexible la lógica de los acontecimientos sociales, y que la consecuencia tardía, pero forzosa, de la secular dominación española, había de ser la independencia nacional.

En efecto, el crecimiento colectivo como el individual, está sometido á leyes invariables. México llegaba á la edad viril, y el inevitable contagio de las ideas revolucionarias de Europa, acercaba el dia de su libertad. Todos los recursos adoptados para dominarla eran inútiles. El Barón de Humboldt observaba á principios del siglo, que en México se leía el Contrato Social del filósofo de Ginebra, y otras obras estrictamente prohibidas por el implacable tribunal de la Inquisición.

El terreno estaba preparado; y del seminario; del claus-

tro, del seno mismo de la iglesia católica, salieron inspirados y resueltos los ínclitos caudillos de la insurrección de 1810.

IV

En Setiembre de 1821 recobró México su autonomía, y antes de cerrar el primer año de su vida independiente, ya el Gobierno nacional se ocupaba en la instrucción pública, y los particulares se asociaban con el objeto de promover la propagación de los conocimientos útiles. No se desconocía que el fundamento para constituir la nueva nacionalidad era la enseñanza primaria, que se confió á los ayuntamientos, como las corporaciones que estaban en más inmediato contacto con el pueblo; pero los ayuntamientos, generalmente pobres, no pudieron extender sus trabajos, y la escuela no fué accesible para todos.

La enseñanza mutua, nacida en la India é introducida en Europa por el escocés Andrés Bell, no adquirió la importancia de un método instructivo, hasta que José Lancáster, maestro de escuela en Londres, la aceptó y difundió, dándole su nombre; mas poco tiempo duró esa aceptación en Inglaterra, y el maestro, viendo que disminuía el número de sus discípulos, vino á América, en donde murió en 1838, después de haber visto que el sistema Lancasteriano se generalizaba en los Estados Unidos y en la mayor parte de las naciones del nuevo continente. En México se adoptó con verdadero entusiasmo, y se estableció

una sociedad para propagarlo. El Gobierno desde el año de 1823 impartía decidida protección á los esfuerzos de esa benemérita sociedad, y dispuso que la escuela fundada en el antiguo convento de Betlemitas, capaz de contener mil seiscientos niños, *sirviera de escuela normal, para que formándose en ella profesores, pudieran difundir la enseñanza por las provincias.* Desde entonces se viene persiguiendo el ideal de la difusión y de la unidad de la enseñanza, y hoy, á los sesenta y cuatro años, apenas emprendemos el camino para realizarlo.

En el transcurso de los años ha habido, respecto de la instrucción, períodos de decadencia y períodos de prosperidad, mereciendo citarse, entre aquellos, el año de 1830 en que se debilitó no sólo la acción oficial, sino la de los particulares y asociaciones, hasta el caso de que en esta capital hubo que cerrar, por falta de fondos para sostenerla, una de las dos escuelas lancasterianas; y entre éstos, es decir, los períodos de prosperidad, el año de 1844, que fué notable por la reacción que se verificó á favor de la enseñanza primaria, cuyo programa comprendía las matemáticas, la historia y algunos otros ramos no menos importantes. La tendencia general de difundir la enseñanza fué secundada por el Gobierno con oportunidad y eficacia, y para nuificar los esfuerzos aislados y darles consistentencia y utilidad, aprovechó la buena disposición de la Junta directiva de instrucción pública, que se distinguió por sus asiduas é inteligentes labores.

En esa época había en la República mil trescientas escuelas primarias, á las que concurrían cincuenta y nueve

mil setecientos cuarenta y cuatro alumnos. El decreto de 18 de Agosto de 1843 produjo estos benéficos resultados que tanto prometían para lo porvenir, porque se puso el Gobierno al frente de la instrucción; y como se le habían proporcionado fondos para desarrollarla, se creyó que fácilmente cumpliría el más imperioso y trascendental de sus deberes.

Al recordar á grandes rasgos la historia de la instrucción primaria en México; al hablar de los que se han enaltecido impulsándola y protegiéndola, es de rigurosa justicia hacer especial mención de un ciudadano que bien merece el título de héroe en la reñida lucha contra la ignorancia. Ese ciudadano fué Vidal Alcocer, que nació á principios del siglo y aprendió las primeras letras en las escuelas gratuitas de Betlemitas y de San Juan de Letrán. Artesano después, abandonó el taller para sentar plaza de soldado y prestar sus servicios en el ejército independiente; pero no queremos juzgarlo desde el punto de vista patriótico y militar, por meritorio que sea, sino bajo otro aspecto menos brillante, aunque más glorioso, que lo hace acreedor á la admiración y gratitud de los mexicanos. Vidal Alcocer era un apóstol fanático, un propagandista ardiente, un misionero incansable de la enseñanza pública. Como mendigo iba de puerta en puerta, pidiendo un socorro para llevar la instrucción á la clase más pobre y abatida de nuestra sociedad; para abrir la escuela á la niñez miserable, á los niños, como él decía, que vagan por las calles y plazuelas casi desnudos y con los pies descalzos. No desmayó ante la indiferencia, los desengaños, la calumnia, el ridículo, las persecuciones.

Su fe era inquebrantable. Parecía un iluminado de la civilización. No le faltaron colaboradores, y quien más le dispensó su generosa ayuda fué el cura de la Palma, D. Cristóbal Martínez de Castro. Alcocer llegó á fundar treinta y tres escuelas, y murió pobre y olvidado, como generalmente mueren esos modestos obreros á quienes tanto debe la civilización. ¡Gloria para su nombre que está inscrito en el más notable de nuestros planteles de instrucción, en la Escuela Nacional Preparatoria! ¡Veneración para el que en efigie está presente en esta imponente solemnidad, que es como el coronamiento póstumo de sus infatigables afanes! . . .

Bien poco duraban los adelantos que se obtenían en la instrucción, porque condenada á seguir las frecuentes variaciones de la política, y pendiente su existencia del tesoro público, volvía á decaer y á quedar sometida á las diversas y contradictorias disposiciones que se expedían conforme los principios, las aspiraciones y el plan administrativo del partido dominante.

Ningún reproche saldrá de nuestros labios contra los gobiernos que se han sucedido en el país, porque todos han intentado algo en favor de la enseñanza pública; y si no han realizado sus propósitos, excúsenlos, al menos, las vicisitudes de su precaria existencia, la constante guerra civil, algunas veces la extranjera, siempre la instabilidad en las personas y en los sistemas políticos, que se ensayaban temporalmente sin fijarse en ninguno, pasando del imperio á la federación, de la federación al centralismo, del centralismo á una dictadura irrisoria é imposible.

La revolución de Ayutla al proclamar el credo político que había de consolidar las instituciones democráticas, traía envuelto entre los pliegues de su bandera el germen de la reforma social y económica; y los constituyentes de 1857 convocados para dar forma á los principios revolucionarios, consignaron en la Constitución el de la enseñanza libre. Son demasiado recientes los acontecimientos posteriores para que haya necesidad de recordarlos: ellos bañan de luz ese decenio histórico que comprende la Reforma, la segunda independencia, el triunfo cruento y definitivo de la República. La magnitud de los trabajos emprendidos absorbía la atención del Gobierno, y los graves conflictos que le amenazaban en el interior y en el exterior, no le dejaban tiempo para la reorganización, cuya base radical había de ser la enseñanza pública; á pesar de ésto, el 15 de Abril de 1861 se expidió un decreto con ese objeto, decreto que no llegó á cumplirse. Por fin, el 2 de Diciembre de 1867, pocos días después de haberse restablecido en esta Capital el Gobierno Nacional, fué promulgada la ley orgánica de la instrucción pública en el Distrito Federal, á la que se hicieron en 14 de Enero de 1869 las modificaciones indicadas por la experiencia, de conformidad con lo que prescribió el Congreso de la Unión. Prevenía la ley que se atendiera preferentemente la instrucción primaria, fijándose al efecto en el profesorado, cuya misión no puede ser más delicada, más trascendente, más digna de estímulo y de recompensa; pero muy poco han mejorado sus condiciones, y si profesores existen, como nos complacemos en reconocerlo, que procuran hacerse dig-

nos de ese nombre, que estudian los métodos pedagógicos, que los ensayan en sus escuelas, que se preocupan de la enseñanza, esos todo lo deben á sí mismos, á su empeño y solicitud. La enseñanza primaria ha continuado postergada á la preparatoria y profesional.

Ha sucedido en las épocas del imperio, del centralismo, de la federación, lo mismo que en los tiempos del gobierno colonial: los recursos, la generosidad, todos los sacrificios para la alta instrucción; la economía, más bien la miseria, para la enseñanza popular. El Distrito se envanece justamente con sus escuelas especiales, y los Estados, hasta los más pequeños, consagran gran parte de sus escasas rentas á conservar institutos, para enseñar la abogacía y la medicina, que son todavía las carreras que ofrecen más aliciente á la juventud. Los hombres de ciencia y de saber dan honra y prez á la República; pero no son la República. La instrucción profesional no es la instrucción democrática que ilustra y educa al mayor número poniendo al pueblo en aptitud de ejercer con acierto sus derechos y de cumplir fielmente sus deberes. El Estado debe propagar la enseñanza primaria, obligatoria y gratuita; llevar la escuela á todas partes, á las grandes ciudades como á los pueblos pequeños, porque en toda la extensión del territorio está esparcida esa gran colectividad en la que reside la soberanía. Permitid, señores, que insistamos en este punto repitiendo las elocuentes palabras del eminente repúblico León Gambetta, cuya muerte aun deplora la Francia: "*Sí, enseñémonos mutuamente; instruyámonos los unos á los otros, porque en ésto consisten precisamente*

la tarea, el deber, el fondo y la naturaleza de un gobierno y de una sociedad democrática. A este propósito me acuerdo de una palabra. Proudhon que ha dicho tantas cosas contestables y aun erróneas, pero que veía en ciertos momentos con una lucidez tan penetrante la constitución interna de nuestra sociedad, que sentía tan profundamente lo que había en la intimidad misma de la conciencia del pueblo, Proudhon ha dicho: democracia ES DEMOPEDIA, *es decir, instrucción y enseñanza de todos los días y de todos los grados.*" Este es el credo de nuestro sistema de gobierno. No hay que olvidarlo: la democracia tiene que levantarse sobre la escuela primaria, y la escuela primaria tiene que ser hija de la Escuela Normal.

V

El pensamiento de establecer en el Distrito la Escuela Normal se indicó en 1822, se repitió en la ley de 1867 y en la iniciativa dirigida al Congreso de la Unión en Mayo de 1875; en 1879 se fundaron las academias de profesores para preparar su advenimiento; en Mayo de 1885 se hizo nueva iniciativa con tal objeto, y por último, la ley de 17 de Diciembre del propio año previno que se estableciera en la ciudad de México una Escuela Normal para profesores de instrucción primaria.

Preocupóse el Gobierno de la ejecución de la ley, y buscando el mayor acierto, creyó necesario contar, y contó, en efecto, con el valioso concurso de personas inteligen-

tes, ilustradas y prácticas en materia de enseñanza. No ha omitido gasto alguno ni para construir, puede decirse, un edificio que hasta donde es posible llena las exigencias de la arquitectura escolar, ni para proveer el nuevo plantel, de los útiles, instrumentos y muebles necesarios. Hubiera sido injustificable que el reglamento quedara encerrado en los estrechos límites de la instrucción colonial ó que en él hubiese dominado el sistema lancasteriano que no ha producido grandes resultados.

En esta época el maestro no es el que enseña á leer, escribir y contar; es más elevada su misión, y hay que prepararlo para que la cumpla satisfactoriamente. Por ésto se adoptó el sistema científico al reglamentar la Escuela Normal.

El progreso humano no puede explicarse sino aceptando la necesidad de vulgarizar los conocimientos. Hay que vestir la ciencia con la blusa del obrero para regenerar el taller; hay que vestirla también con el inocente traje del niño para deslizarla en la escuela primaria. Así sus manifestaciones no preocupan, ni intimidan, ni espantan; así la ciencia se confunde con los niños, juega con ellos, insensiblemente inculca sus principios y establece el sólido fundamento de la instrucción general. La naturaleza es la gran maestra, y á sus lecciones debe sujetarse el mejor método pedagógico. ¿No llama la atención esa curiosidad insaciable del niño que lo conduce instintivamente á destruir los objetos que más le entretienen y deleitan? Pues hay que aprovechar esa cualidad, sometiéndola á una dirección suave y dejando que la destrucción, de una mane-

ra gradual, calculada y prevista, le revele los secretos científicos.

Los niños en nuestras escuelas no son más que unos prisioneros condenados á estar inmóviles varias horas con perjuicio de sus facultades físicas y fatigando sus facultades morales con el aprendizaje de reglas y preceptos que no están á su alcance, y de allí viene la resistencia que por lo común oponen á la escuela. Con el método moderno, la escuela los desarrolla, los divierte, los instruye; se aficionan á ella, y la educación simultánea bajo sus tres formas, intelectual, moral y física, se hace agradable, benéfica y viril.

"La inteligencia de los niños que van á recibir instrucción, observaba el sabio Dr. Gabino Barreda, está dando sus primeros pasos. ¿A qué engrillarla con esas fórmulas abstractas que no puede comprender ni menos utilizar? Las tendencias espontáneas de su actividad son las que deben secundarse y fomentarse. Ahora bien, supuesto que los niños tienen tanta afición á examinar los objetos materiales como repugnancia invencible por las concepciones puramente ideales, por la presentación de los objetos materiales debe comenzar toda lección, si se quiere que ella sea interesante para el niño y por lo mismo fructuosa; al objeto concreto tomado como punto de partida se debe volver después de cada síntesis abstracta: en suma, al método franca y completamente objetivo es al que debe recurrirse."

En el mismo sentido opina el célebre educador Herbert Spencer, al asentar en un libro de pocas páginas y de

profunda intención que, "sin el conocimiento exacto de las propiedades visibles y tangibles de los objetos, nuestras concepciones serán falsas, nuestras deducciones erróneas, nuestras operaciones mentales estériles, porque cuando ha sido descuidada la educación de los sentidos, toda la educación se resiente inevitablemente de la pereza, del entorpecimiento, de la insuficiencia de éstos;" y el inolvidable é ilustrado José Diaz Covarrubias, que estudió profundamente en 1875 el estado que guardaba la instrucción pública en México, decía: "El niño, durante sus primeros años, comienza á adquirir ideas por medio de los objetos que hieren sus sentidos. En ninguna otra época de la vida del hombre es quizá tan cierto, como en la infancia, el profundo axioma de Aristóteles: *nihil est in intelectu quod prius non fuerit in sensu*, axioma que aun cuando anatematizado y tachado de materialista por algunas filosofías metafísicas, renace y se confirma en las filosofías modernas, no siendo incompatible, bien comprendido, ni aun con la filosofía espiritualista."

La adopción del método objetivo no ha sido inspirada por la novedad, sino por la experiencia. Su historia no es reciente. Allá, al terminar el siglo xvi, nació en los confines de Hungría Comenius–Juan Amos Komensky, de origen humilde, de la secta de los hermanos moravos, pastor y patriota. A los diez y seis años dejó el cayado y fué á sentarse á la escuela, de la que salió para inmortalizar su nombre, introduciendo mejoras en la enseñanza, que, en su concepto, no era *dulce ni humana*. Víctima de crueles persecuciones, entretenía su destierro escribiendo

obras de instrucción, ó se dedicaba á ésta con el carácter de inspector y de maestro. Fecundo y laborioso, legó á la posteridad más de ochenta publicaciones, y en todas ellas, desde la intitulada "La Escuela sobre las rodillas de la madre," hasta "La Puerta de las lenguas," en que amplió y modificó el pensamiento original del jesuita irlandés Bateus, y la "Didáctica magna," sostiene estos principios que pueden considerarse como los fundamentales del método objetivo: la enseñanza debe ser fácil, sólida, pronta y sucinta; debe hablar á los sentidos, dar á los discípulos el conocimiento directo de los objetos por la intuición, porque no hay nada en la inteligencia que primero no haya pasado por los sentidos, es decir, no hay pensamiento que no se derive de una sensación. Es preciso no describir los objetos á los educandos, sino mostrárselos; es necesario no hacerles aprender definiciones y reglas abstractas, sino ejercitarlos por medio del ejemplo. Se deben presentar las cosas tanto como sea posible, á los sentidos que les correspondan, á fin de que el discípulo aprenda á conocer las cosas visibles por la vista, los sonidos por el oído, los olores por el olfato, las cosas sabrosas por el gusto, las cosas tangibles por el tacto." ¡Síntesis admirable basada en la naturaleza y en la observación, que ha pasado hasta nosotros como el desideratum de la enseñanza!

Tuvo sus intermitencias la aplicación del método de Comenius, y quien propiamente lo restableció dándole forma más concreta, fué el pedagogo suizo Enrique Pestalozzi, digno de celebridad por sus trabajos en favor de

la instrucción, y por sus sentimientos filantrópicos para difundirla entre los niños pobres, á cuya noble empresa se consagró con extraordinaria generosidad. Al emprender sus tareas contó con la aceptación general de la sociedad; pero después por errores prácticos y vicios administrativos, sobrevino un período de decadencia que inspiró serias dudas respecto á la bondad del sistema. Cuando Pestalozzi, sin desalentarse, publicaba su deseo de fundar una escuela para huérfanos en cualquiera parte del mundo, se le presentó en su residencia de Yverdun, Suiza, un joven entonces desconocido, ofreciéndole su cooperación, que Pestalozzi aceptó con júbilo y gratitud.

Ese joven era Federico Frœbel, nacido á fines del siglo pasado en uno de los principados de Sajonia. Las contrariedades y amarguras que sufrió en el hogar paterno no debilitaron su voluntad ni torcieron su vocación. La historia de la pedagogía le reservaba un lugar de honor. Frœbel admiró con entusiasmo el método de Pestalozzi, pero á los pocos días de practicarlo, notó que era demasiado mecánico; que se ponían muchos objetos en manos del discípulo, sin la ejecución y desarrollo convenientes; que no era armónico el cultivo de los ramos esenciales de educación; y poco satisfecho, volvió á Franckfort con el propósito de corregir los errores y defectos que había observado. Creyendo que el terreno práctico era el mejor para realizarlo, empezó á ejercer el profesorado; pero, reconociendo su insuficiencia para desempeñarlo con acierto y revelando una modestia que lo enaltece más que sus otros méritos, regresó á la escuela de Pestalozzi, y acompañado

de algunos de sus discípulos se inscribió él mismo como discípulo de aquel insigne maestro.

Cuando se consideró apto, capaz de perfeccionar el método en su aplicación y de generalizarlo, abandonó aquellos bancos que había levantado con su presencia, y se dejó llevar de su irresistible pasión por la enseñanza. La fama del pedagogo extendíase por todas partes; los pueblos se lo disputaban para ponerlo al frente de sus escuelas; y él, quizá por corresponder á la hospitalidad de Pestalozzi, accedió á las proposiciones que le hizo una diputación del cantón de Berna, aceptando la dirección de la escuela de huérfanos, para realizar el sublime pensamiento que por tanto tiempo acariciara, fundando los *kindergarten* ó jardines de niños, creación tierna y humana, que durante la vida de su fundador se propagó por Suiza y Alemania, y que ha seguido y sigue propagándose por todas las naciones civilizadas, como la última concepción de la pedagogía.

Frœbel vivió instruyéndose é instruyendo á los demás; ya estableciendo en Blankerburgo la escuela normal de ambos sexos conforme á su sistema; ya en la cátedra del profesor; ya en los congresos pedagógicos; ya en la tribuna popular dando lecturas públicas; ya en los palacios ante un auditorio de príncipes y de reyes; ya por la prensa publicando periódicos y libros para plantear de una manera definitiva, experimental y científica el método de la enseñanza objetiva.

En el reglamento de la primera escuela normal del Distrito, al prevenir que se enseñaran al maestro normalista los métodos de instrucción á fin de que los utilizara bajo

un criterio ecléctico, era indispensable consignar, como obligado tributo á la civilización, que se le enseñara especialmente el método que pone la ciencia al alcance de los sentidos, el método objetivo, es decir, el método de Comenius, de Pestalozzi y de Frœbel.

VI

El nombre de Escuela Normal explica bien el objeto de tal institución: sirve de norma y da la regla á que debe ajustarse la enseñanza; es la escuela matriz ó central de la que se derivan las demás escuelas. En la Normal se forma y educa el maestro, perfeccionando sus conocimientos, y aprende prácticamente á trasmitirlos, haciendo en las escuelas anexas la clínica del profesorado. Enseñar á enseñar. Este es el programa de las escuelas normales. Lakanal, representante del pueblo francés, al discutirse la fundación de la Escuela Normal de París, la definía así: "En esta escuela no serán las ciencias las que han de enseñarse, sino el arte de enseñarlas: al salir de esta Escuela los discípulos no deberán ser solamente hombres instruidos, sino hombres capaces de instruir. Por la primera vez los hombres más eminentes en todo género de ciencias y de talento, los hombres que hasta el presente no han sido más que los profesores de las naciones y de los siglos, los hombres de genio, van á ser los primeros maestros de escuela de un pueblo."

Formado y educado el maestro en la Normal, enaltecidas y recompensadas sus arduas tareas; adoptado el mismo método; uniformados los textos; difundida bajo idénticas bases la instrucción primaria, ésta será el fundamento invulnerable de la libertad, de la democracia y de la independencia nacional. No olvidemos que si en todas las épocas la difusión del saber ha sido una necesidad, hoy es una exigencia imperiosa é inmediata que nos debemos apresurar á satisfacer, para ser consecuentes con las ideas del progreso y no traicionar nuestras convicciones, nuestros principios políticos y nuestros deberes patrióticos.

Proclamemos la federación de la enseñanza, y que un congreso pedagógico se reuna cuanto antes para fijar las bases generales de la instrucción primaria. No será semejante pacto incompatible con la soberanía de los Estados que, de una manera espontánea y convencional, acepten y contribuyan á formular dichas bases, para evitar que los esfuerzos aislados y heterogéneos susciten la anarquía en vez de la uniformidad. La Escuela Normal del Distrito aspira á la unificación, que es una de las ideas que han precedido á su creación, y hace un llamamiento con ese objeto á los alumnos de los Estados. ¡Que los gobiernos locales secunden las altas miras del Presidente de la República; que la secunden en su esfera de acción los ayuntamientos, las asociaciones particulares, los individuos; porque no hay que dudarlo, Señores, tenemos que hacer de la instrucción un poderoso elemento de unidad nacional!

El principio de la enseñanza libre, consignado en la

Constitución, no pugna, sino que por el contrario, confirma la obligación del gobierno de dar la enseñanza primaria obligatoria y gratuita, que, según Víctor Hugo, es el derecho del niño, más sagrado aún que el derecho del padre, y que se confunde con el derecho del Estado. ¡Que enseñe todo el que quiera, pero que enseñe el Estado y que enseñe bien, *tanto para abrir de par en par la puerta de la ciencia á todas las inteligencias*, como para abrir todos los corazones á los más elevados sentimientos!

Quizá se note algún calor en la exposición de nuestras opiniones, pero están muy arraigadas en nuestro ánimo, y las emitimos con indiscutible sinceridad. Para nosotros en la escuela primaria está la solución de las graves cuestiones que afectan al país en el orden político, social y económico. Cuando asoma alguna dificultad con el extranjero, ó surgen trastornos interiores, ó se tropieza con inconvenientes más ó menos serios para dictar medidas que fomenten los ramos de la riqueza pública, volvemos los ojos á la escuela, persuadidos de que de allí ha de salir el buen ciudadano para formar el pueblo; y de que con pueblos dignos, ilustrados y patriotas, fácilmente se gobierna, se progresa, resiste y se vence.

Prusia, vencida y humillada en 1806, fué vencedora y exigente en 1871, porque antes de vengar sus antiguas derrotas, se estuvo preparando muchos años, y no aceptó la guerra á que la provocaba la Francia, hasta que se sintió fuerte y poderosa, tanto por su organización militar como por su estado intelectual y moral. La victoria de la Alemania la decidieron las armas en el campo de batalla; pero

los soldados vencedores salieron de las sesenta mil escuelas de instrucción primaria que tenía esa nación, con una concurrencia de seis millones de alumnos. Los laureles no fueron únicamente para los guerreros, y el mismo restaurador de la unidad germana compartió con el modesto maestro de escuela, los que ornaban su inspirada frente.

El erudito escritor francés Ernesto Renan, considerando que la regeneración de la Prusia emprendida por el barón de Stein, comenzó por hacer de Berlín la capital intelectual de la Alemania del Norte, alecciona con este ejemplo á sus conciudadanos, anunciándoles que la nación más científica, la que tenga los mejores mecánicos, los mejores químicos, los cuerpos oficiales menos rutinarios, será la mejor armada; que la barbarie, es decir, la fuerza sin inteligencia, la fuerza bruta, está vencida para siempre; y que la victoria definitiva será para el pueblo más instruido y más moral, entendiendo por moralidad la capacidad del sacrificio, el amor al deber. Así lo ha comprendido la Francia republicana, así lo comprenden también todas las naciones cultas.

Los Estados Unidos del Norte, que han fijado sobre sí la atención universal, vinculan su grandeza en las cien mil y más escuelas primarias que sostienen. Las repúblicas del Sur no se quedan atrás en este movimiento, y sus interesantes publicaciones consagradas especialmente á la estadística y mejora de la instrucción, demuestran los adelantos que adquieren. El 12 de Setiembre último se verificaba en Santiago de Chile una solemnidad análoga á la que hoy honrais con vuestra presencia, y el Presidente de esa Re-

pública que acaba de sorprender al mundo conquistando una reputación militar, se enorgullecía inaugurando la Escuela Normal de Preceptoras.

¿Por qué México había de permanecer estacionario? ¿Qué le falta para ocupar su puesto avanzado en la marcha triunfal hacia el progreso humano?

Las aptitudes naturales de sus hijos, sus antecedentes históricos, sus deberes de raza y de tradición, sus instituciones políticas, hasta su posición geográfica, le imponen un destino que tiene que cumplir. Y no lo cumplirá si no cuenta con la colaboración del maestro de escuela. ¡Hagamos, pues, al maestro antes de echar sobre él la inmensa responsabilidad de instruir y de educar á las generaciones que se levantan!

Algunos Estados tienen ya sus escuelas normales, ¿por qué no las han de tener todos? ¿Qué obstáculo se opondría á que se abrieran tantas escuelas normales cuantas fuesen necesarias para proveer de maestros á la población escolar de la República?

Tenemos convicción, deber, interés; tengamos voluntad, que para la voluntad nada hay insuperable.

¿Acaso la pobreza de las rentas públicas podría detenernos? A este propósito viene á nuestra memoria que Paul Bert, el ministro reformador de la instrucción pública en Francia, previniendo la objeción de la falta de dinero para llevar á cabo sus altos fines, exclamaba: "La Francia ha dado el dinero sin regatear, y lo dará cuando se trate de su ejército que le da la seguridad y la honra; cuando se trate de los trabajos públicos, que son las fuen-

tes de su fortuna. ¿Y os figurais que se detendrá y que no lo encontrará para sus escuelas que preparan, y á la vez protegen su seguridad, su honor y su fortuna? No, no!"

Nosotros digamos como Paul Bert: México, que no ha regateado el dinero para conservar su Independencia, conquistar sus libertades, restablecer su crédito, impulsar las mejoras materiales y ensayar todo proyecto que pudiera contribuir á su prosperidad, ¿va á detenerse, á vacilar, á contar sus recursos, cuando se trata de reorganizar y difundir la instrucción primaria? No, no!

La República será como siempre, generosa, y hasta pródiga, para completar la obra de su regeneración; y la iniciativa del Gobierno federal será secundada por los gobiernos locales, por los Municipios, por todos los mexicanos, sin distinción de creencias ni de opiniones, porque á la causa común de la enseñanza hay que sacrificarlo todo con noble abnegación.

El Gobierno federal no limita sus aspiraciones á la fundación de esta Escuela, y continuará incansable ocupándose de un ramo que reclama preferentemente su atención. Espera que en breve tiempo inaugurará la Escuela Normal de Preceptoras, porque no se le oculta la natural intervención é influencia que la mujer ha ejercido y debe ejercer en la instrucción y educación de la niñez, como lo comprueban recientemente los laudables trabajos de las Señoras Marenholtz, Pape Carpentier y Delon, que han puesto su inteligencia y su corazón al servicio de los jardines de la infancia.

Las matronas de Grecia y de Roma creaban los héroes;

las mujeres cristianas han hecho los santos y los mártires; que hagan los ciudadanos; que ellas, que saben ser madres, traigan á la escuela primaria su contingente de amor y de bondad, y que de su mano tierna y delicada reciba el niño las primeras impresiones de la ciencia, de la moral y del honor.

Señores, al abrir el Señor Presidente las puertas de esta Escuela, abre las del porvenir á la República. Confiemos en que por ellas pasarán nuestros hijos más ilustrados, más libres, más fuertes, más felices que nosotros; confiemos en que realizadas nuestras esperanzas y cumplidos nuestros votos, la Escuela primaria será el templo en que se rinda culto al progreso y desde donde se elevará hasta el cielo con los acordes solemnes del órgano, el himno sagrado y conmovedor de la Patria; confiemos en que á la gratitud de la posteridad no bastarán las fechas del 16 de Setiembre de 1810; del 5 de Febrero de 1857; del 5 de Mayo de 1862, sino que al calendario glorioso de las fiestas nacionales, agregará una más de gran significación y trascendencia, la del 24 de Febrero de 1887!